



El asedio autoritario



Brasil. Imagen El intransigente online

Para una sociología del autoritarismo

Por Mario Greco

Gambito de dama, serie de Netflix que entre otras virtudes trajo por unos días a la agenda pública el mundo del ajedrez, me condujo a conversar con Aníbal Corrado, un amigo politólogo refinado y ajedrecista que me recordó algunos datos muy interesantes: Buenos Aires y Argentina fueron durante varias décadas una referencia mundial en el ajedrez. Tanto que la ciudad de Buenos Aires albergó el célebre match por el campeonato mundial disputado entre Capablanca y Alekhine en 1927. Una década más tarde, también en Buenos Aires, tendría lugar el VIII Torneo de las Naciones (1939), luego devenido Olimpíadas de Ajedrez, en el que el triunfo correspondió a Alemania (en ese entonces identificada con una bandera

que llevaba la esvástica) seguida por Polonia con un jugador de origen judío que luego sería un gran maestro internacional, Miguel Najdorf. Hacia el final del campeonato muchos jugadores decidirían no volver al viejo continente por el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la tragedia nazi, entre ellos la subcampeona mundial, la judío-alemana Sonja Graff, el propio Najdorf, Paul Michel y muchos más. La escena ajedrecística local se veía beneficiada por ese exilio, y la sociedad argentina profundizaba con él su perfil abierto construido bajo el mito del crisol de razas.

El proceso social que incitó la emergencia de una sociología argentina fue sin dudas la constitución aluvional e inmigrante de una par-

te importante de nuestra población desde el último cuarto del siglo XIX hasta mediados del XX. Ese tópico, que a comienzo del siglo pasado se presentaba como el problema de la nacionalización de las masas explica en parte que haya sido un italiano que escapaba del fascismo el fundador de esa disciplina en nuestras tierras. En efecto, fue Gino Germani quien sentó las bases y desarrolló lo que podríamos denominar un campo disciplinario de formación académica y profesional, al tiempo que condujo los primeros grandes estudios sobre la estructura de la sociedad argentina. Los temas de Germani serán fundamentalmente la relación entre democracia y autoritarismo en contextos de modernización, y será el primero en medir antisemitismo en Argentina, lo que incluso le permitirá distinguir dos categorías sociológicas: el antisemitismo ideológico y el tradicional. Arrastrado por una falsa polémica de los años setenta, centrada en la falta de conocimiento cabal de su producción

intelectual que lo sindicaban como un pensador antiperonista, su obra debió aguardar el interés de nuevas generaciones de sociólogos argentinos como Alejandro Blanco y Samuel Amaral, para encontrar el reconocimiento que merece.

Llama poderosamente la atención la inusitada actualidad que tiene, por ejemplo, el artículo de Germani que Delich compilaría para el primer número de la revista Crítica y Utopía (CLACSO, setiembre de 1979): "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna". Probablemente muchos de los interrogantes allí planteados sigan hoy abiertos. Será Pasquale Serra, un pensador italiano especialista en la historia del pensamiento político, alejado de las prácticas autocentradas de los historicismos intelectuales, conceptuales o globales, quien se transformará en el verdadero especialista en la obra de Germani. Una preocupación sociológica común provocará el encuentro de Serra con los textos del sociólogo ítalo-argentino:



el fracaso de la cultura popular de izquierda en la experiencia italiana, el comienzo de una larga crisis de representación en la democracia europea y la persistencia de la dimensión nacional-popular en la Argentina. En este suplemento incluimos un artículo suyo en línea con las tesis de su libro *El populismo argentino* (aparecido primero en Italia bajo el sugerente título *Populismo argentino, una reflexión sobre la crisis de la democracia europea*). Su contribución abre una secuencia que lo lleva desde la especificidad del peronismo a la renombración del populismo europeo como un verdadero fenómeno de radicalización de la derecha antidemocrática.

En la tradición germaniana (que en el propio derrotero intelectual de Germani incluyó lecturas de Freud, el marxismo clásico, Gramsci y la escuela de Frankfurt) se inscriben los trabajos de un grupo de sociólogos que motivan este suplemento. El Grupo de Estudios Críticos sobre Ideológica y Democracia (GECID) inició sus investigaciones en torno al autoritarismo social hace casi una década también alentados por una

preocupación típicamente sociológica: la aparición de nuevas formas de autoritarismo social expresado en distintos registros contemporáneo de fenómenos de subjetivación asociados a este momento de expansión del ethos neoliberal. Muy prematuramente el grupo dirigido por Ezequiel Ipar desplegó un trabajo de discusión teórica y un programa de investigación empírica cuanti y cualitativa para producir conocimiento sistemático sobre este objeto, respondiendo metodológicamente a la vasta tradición sociológica local así como a referencias y protocolos académicos internacionales. A Ipar pertenece el artículo central del suplemento que, entre otras cosas, opera como presentación de un observatorio y programa de investigación sobre los dilemas actuales de la democracia frente a la emergencia de neoautoritarismos, que tendrá sede en *Lectura Mundi*, UNSAM. Del mismo grupo, Micaela Cuesta, hace un aporte esencial para entender la trama entre ideología neoliberal y subjetividad autoritaria, describiendo procesos de identificación y mecanismos que dan lugar a nuevos tipos de crueldad.

En Europa observamos hace tiempo la consolidación de lo que Franco Delle Donne bautizó "epidemia ultra". Especialista en el análisis del crecimiento de AFD, el partido neonazi de Alemania, Franco avanzó en caracterizar y explicar el fenómeno de la derecha radical en cada país de Europa. En su artículo propone atender a sus genealogías, actualidad y particular momento de normalización de sus discursos.

Por último, el sociólogo José Garriga del Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM, especialista en violencia urbana, analiza cómo las distintas violencias sociales están sostenidas en procesos de legitimación social que descansan en la construcción de alteridades vulnerables como peligrosas y, en el límite, no-humanas.

En un extraordinario texto de los años ochenta ("Democracia en Argentina: micro y macro"), Guillermo O'Donnell daba cuenta de una investigación informal que había desarrollado en una visita casi clandestina cuando todavía promediaba la dictadura cívico-militar en nuestro país. Entre varias ideas allí planteadas sur-

gía la preocupante constatación de una disposición de buena parte de la sociedad a desplegar su propio sistema de patrullaje y delación, lo que de alguna manera avalaba la tesis de que, junto con la retracción social producida por el terrorismo estatal, la dictadura había encontrado una porción no menor de consenso social. El texto de O'Donnell usaba la temeraria figura de los kapos de los campos de concentración nazis para ejemplificar con contundencia su hipótesis.

En tiempos de algoritmización de las sociedades, de digitalización de la vida, llama la atención que un alto funcionario de educación de una de las jurisdicciones más importantes del país haya hecho una apelación a que las familias ejerzan la función de vigilancia y denuncia contra docentes "que van a la escuela a bajar línea". Ojalá las repeticiones en la historia solo admitan la forma paródica, porque de lo contrario nadie podrá garantizar los niveles elementales de solidaridad social entendida, como lo quería Durkheim, a la manera de garantía de la existencia de una moral colectiva imprescindible para la forma democrática de vida.

Los nuevos autoritarismos como desafíos para las democracias

Por Ezequiel Ipar

Observando los últimos golpes de Trump y sus seguidores contra el sistema democrático, nos damos cuenta de que hace ya tiempo el fantasma del autoritarismo dejó de ser una especulación de los intelectuales apocalípticos para transformarse en una presencia activa y desconcertante de la escena política. Sabemos que algo cambió para mal en las democracias contemporáneas, aun cuando no tengamos los conocimientos necesarios ni los conceptos adecuados para nombrar este cambio. En la punta de este iceberg lo que vemos son las tendencias antiigualitarias y antiliberales que han ganado protagonismo en distintas fuerzas políticas que de manera abierta se proponen restringir bajo modalidades agresivas la esfera pública democrática. Ya se trate del esfuerzo por desconocer resultados electorales, del hostigamiento selectivo en las redes sociales o de los atentados contra las expresiones políticas de los grupos sociales marcados como ilegítimos, a lo que estamos asistiendo a nivel político es a una gran rebelión contra el principio inclusivo de la democracia. Esto es lo que ahora vemos con claridad. Pero debajo de estas manifestaciones de autoritarismo político se han ido acumulando múltiples capas de un tipo más difuso y capilar de autoritarismo social que es el que en muchos casos genera



EE.UU. Reuters

las condiciones para estas manifestaciones antidemocráticas que ahora nos preocupan. Finalmente, es el crecimiento del autoritarismo social el que termina volviendo atractivos las propuestas de ley y orden, el supremacismo étnico, las diversas teologías políticas o ese tipo particular de liberalismo que se basa en denigrar los derechos de los otros. Los peligrosos desgarros que hoy vemos en el tejido institucional de las democracias se explican en buena medida por el crecimiento y la consolidación de nuevas formas de autoritarismo social.

Para tratar de entender la dinámica enigmática de los nuevos autoritarismos hay al menos tres instan-

cias de la vida social que tenemos que estudiar mejor. En primer lugar, tenemos que poder relevar y analizar con datos precisos la conexión que existe entre las nuevas tecnologías de la comunicación digital (redes sociales, plataformas de intercambio de contenidos, portales de noticias, etc.) y la aparición de un tipo de subjetivación muy predisuelta a las etiquetas prejuiciosas y al uso de la palabra pública como mero instrumento de descarga de violencia. El peligro no nos resulta desconocido: el aprovechamiento de las tecnologías de comunicación para la destrucción de la comunicación social que sostiene a la democracia. Pero estos riesgos de las tec-

nologías de la comunicación, cuando operan como los grandes mediadores en la construcción de la voluntad política y en la reproducción de nuestras convicciones, adquieren con las tecnologías digitales una capilaridad, una intensidad y un alcance inusitado, cuyos efectos recién ahora comienzan a ser investigados. Si pudiéramos probar, por ejemplo, que las empresas que dominan la comunicación digital lucran con los discursos de odio, la exacerbación de los prejuicios y las reacciones violentas, porque extraen de ese tipo de caldero lingüístico mayores beneficios económicos que los que obtendrían con otro tipo de diseño de sus plataformas, el interés de este descubrimiento excedería el campo de la investigación académica y podría transformarse en un material relevante para la regulación democrática de estas empresas y del espacio virtual que controlan.

Como sabemos, la libertad y la igualdad material en el ejercicio del discurso público son la sustancia de la formación democrática de la voluntad, que no pueden ser amenazadas o restringidas por intereses particulares sin que se vean afectados

Ezequiel Ipar es Sociólogo y doctor en Ciencias Sociales por la UBA y doctor en Filosofía por la Universidad de São Paulo. Es investigador independiente del Conicet) y profesor en el área de Teoría Sociológica en la UBA. Actualmente dirige el Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia.

los principios constitutivos de las propias instituciones democráticas. En tal sentido, resulta curioso que recién después de veinte años del lanzamiento de redes sociales como Facebook, que comenzaron a dominar el espacio público de muchas sociedades a partir de una única plataforma tecnológica y empresarial, hayan surgido estudios como el del Programa para el estudio de discursos de odio en internet de la Universidad de Berkeley u otras iniciativas similares en EE.UU. y Europa. El desafío es complejo pero urgente. Al mismo tiempo, como esta tarea depende de una comprensión de los lenguajes políticos y las tradiciones institucionales particulares, resultará catastrófico para la democracia en América Latina esperar a que estas investigaciones y sus desarrollos regulatorios se completen en los países que alojan a estas empresas tecnológicas. Tal como ha quedado claro en los recientes procesos electorales alrededor del mundo: quien no investigue y no problematice en relación con el resguardo de las garantías democráticas lo que sucede dentro de estas plataformas, no tendrá forma de regular ni de prevenir la colonización de estos canales de comunicación por parte de los nuevos autoritarismos sociales.

El segundo aspecto al que tenemos que prestarle atención es al mundo de los valores y las preferencias culturales, que han cambiado en varias direcciones sin mostrar la linealidad que las teorías de la modernización cultural suponían. En este mundo más autoritario y más desapacible –como lo ha llamado Habermas recientemente– se ha vuelto insostenible el esquema que supone un movimiento homogéneo en el que los ciudadanos de las sociedades democráticas se van volviendo necesariamente cada vez más tolerantes, abiertos a la diversidad cultural, convencidos de la virtud del respeto de los derechos humanos y proclives a una mirada racional en todas las cuestiones prácticas relevantes. El escenario político actual nos despertó de ese sueño del progreso abstracto. La reciente publicación del libro de Pippa Norris y Ronald Inglehart: *La reacción cultural: Trump, el Brexit y el populismo autoritario* sirve como testimonio de la dificultad del momento. Recordemos que los trabajos conceptuales y empíricos de Inglehart eran una de las principales fuentes de la tesis que encontraba en las sociedades modernas avanzadas un pasaje irrefrenable desde valores materiales, asociados a la seguridad y el nativismo, hacia valores postmateriales, mediante los que se generalizaba la aceptación del multiculturalismo, las libertades expresivas en el campo de la sexualidad y las identidades, y la preocupación por el cuidado del medio ambiente. Lo que hoy vemos es en

realidad una inversión de esos valores, con un marcado crecimiento en los países desarrollados del racismo y la xenofobia, la guerra contra los derechos adquiridos de las mujeres y las diversidades sexuales, y el desconocimiento de los riesgos ecológicos asociados a nuestras formas de organización económica.

La explicación que dan Norris e Inglehart de este proceso inesperado en la cultura política sugiere que la reacción autoritaria que estamos observando actualmente no es sino una respuesta frente al avance de los valores postmateriales, que siguen creciendo y difundiéndose con fuerza entre las nuevas generaciones. De allí el carácter absolutamente reactivo de los nuevos autoritarismos, que hacen de la violencia simbólica (y/o material) su primer recurso, como si fuera lo único que tienen a mano para detener una transformación cultural que sienten que lesiona los valores más profundos de su identidad. Este movimiento de respuesta, reaccionario en el sentido específicamente político del término, estaría dando cuenta de un agudo conflicto entre los valores de las diferentes generaciones, con los miembros de la generación de entreguerras y los baby boomers funcionando como los defensores de una constelación de valores materiales en decadencia. Esta interpretación del fenómeno del crecimiento del autoritarismo social es tan justificada como discutible (por el modo unilateral en el que interpreta las determinaciones de la cultura política), pero posee una importante limitación explicativa cuando la queremos usar en América Latina. En principio, los indicios válidos en los que sostiene sus análisis solo son consistentes en el tiempo para Europa, puesto que surgen de los estudios periódicos de la Encuesta Social Europea. Por otro lado, la respuesta a la pregunta sobre las causas y la ubicación en el espacio social de las posiciones culturales más reactivas que ellos usan no coinciden con lo que motiva esas reacciones de oposición a los movimientos contraculturales en América Latina. Cuando realizamos con el Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia una primera encuesta exploratoria en 2013 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con un tipo de indagación semejante al que utiliza Inglehart, pudimos observar efectivamente la vigencia del conflicto agudo entre las generaciones, pero los motivos y el significado de las constelaciones de los valores en juego son diferentes a los que ellos señalan. Para mencionar solo una diferencia, en nuestro estudio resultaba significativo el modo en el que las distintas generaciones habían elaborado el pasado de la dictadura militar, lo que marca una distribución de posiciones y una dinámica relativamente diferente a la que se

puede observar en el pasaje de los valores materiales a los postmateriales de Inglehart. Esta relación con el propio pasado autoritario, que resulta importante para explicar lo que hoy está pasando en Alemania, Italia o España, no es adecuadamente considerada en los estudios sobre autoritarismo que dependen de concepciones excesivamente abstractas de los valores culturales. En cualquier caso, esta trama de órdenes valorativos contrapuestos es, sin duda, el segundo terreno en el que deberíamos profundizar nuestro conocimiento para entender la dinámica de los nuevos autoritarismos para cubrir los déficits de información científica relevante sobre estos fenómenos en América Latina.

El último aspecto que creo que debemos destacar es la conexión de estas emergencias autoritarias en la ciudadanía con las transformaciones en la esfera económica. Sin dudas, la determinación económica del autoritarismo es uno de los temas clásicos tanto en la sociología como en la ciencia política. En Argentina, para citar solo un ejemplo muy conocido, varios estudios sobre autoritarismo como los que realizó Gino Germani en el siglo pasado intentan poner en relación los efectos de una modernización económica acelerada (y desequilibrada) con los desvíos de una modernización político-cultural (democrática) que nunca terminaba de afianzarse. Cuando hoy se busca explicar esta relación entre la situa-

ción de regulación. Inciden en estos procesos factores tan diversos como los cambios estructurales en el mercado laboral que tienden a generalizar el fantasma de la precarización, las transformaciones en la gestión de las tecnologías que rediseñan y sustituyen los viejos puestos de trabajo, el deterioro del Estado de bienestar y la dificultad para imaginar otras políticas de integración económica que puedan ir más allá de la relación salarial.

No es casual entonces que en el contexto de una crisis económica en dos momentos (2008 y 2020) aparezca un malestar que puede ser canalizado por posiciones políticas autoritarias. Estas suelen ofrecer, aún en lo que tienen de ilusorias, aquello que se les niega a muchos individuos a través de la estrecha justicia de mercado de las economías actuales: la pertenencia a una comunidad de iguales y el reconocimiento por sus logros y sus capacidades. Evidentemente, esta traducción del malestar económico en identificaciones políticas autoritarias resulta problemática desde el punto de vista de la normatividad democrática, porque esa comunidad ilusoria es una comunidad excluyente (supremacismo, racismo cultural, etc.) y porque las lógicas de reconocimiento que implementan son esencialmente antiliberales (el reconocimiento del logro propio proviene de lo que se le niega a otros en términos de derechos). Pero precisamente porque se trata de una relación com-



EE.UU. Laurie Skrivan/St. Louis Post-Dispatch via AP/Archivo

ción que dejan las crisis económicas y los fenómenos de adhesión a ideologías autoritarias se suelen observar asociaciones más simples, como la influencia en estos procesos de altas tasas de desempleo, recesiones duraderas, contextos inflacionarios o dificultades para salir del estancamiento en los ingresos de las familias. En realidad, la explicación económica de los procesos de crecimiento del autoritarismo implica dar cuenta de la determinación más escurridiza, pero en muchos casos también la más importante para entender lo que está pasando y lo que puede suceder hacia el futuro en una economía globalizada que no posee ninguna instancia democrá-

pleja entre economía, sociedad y política, es necesario seguir estudiando lo que sucede, analizar el modo en el que distintos grupos sociales viven la crisis, así como la pluralidad de alternativas que imaginan. No tiene sentido detener el análisis en la consideración cosificadora y moralizadora que critica –sin comprender– lo que están haciendo hoy los trabajadores sin formación superior que se rebelan frente a su situación económica votando candidatos autoritarios. Un verdadero análisis de los nuevos autoritarismos tiene que ir más allá de las meras asociaciones estadísticas entre tasas de desempleo, nivel de formación de los trabajadores y preferencia política. Habría que indagar

de otra manera ese malestar, para poder interrogar efectivamente cuáles son las otras alternativas que la adhesión autoritaria cancela.

Todo lo anterior señala el camino para una investigación sobre los nuevos autoritarismos que carecería de sentido si no pudiera entrar en diálogo con el modo en el que la propia sociedad discute problemas

como el racismo, la xenofobia o la aporofobia. Cuando pensamos en una investigación sobre los efectos ideológicos de las tecnologías o cuando decimos que tenemos que estudiar la fusión de ideas muy viejas con tecnologías muy nuevas, no imaginamos que pueda existir esta indagación sin la participación de la propia sociedad en la definición

de su alcance y de los criterios de los propios términos de la discusión. Si bien todos los conceptos de las ciencias sociales son falibles y polémicos por definición, cuando usamos el concepto autoritarismo en una investigación sobre el presente de nuestras sociedades, tenemos que estar dispuestos a discutir con el conjunto de la ciudadanía el sig-

nificado de esta palabra. Pero esa discusión abierta sobre el autoritarismo contemporáneo siempre requerirá materiales de investigación bien contruidos, estudios empíricos sistemáticos y desarrollos teóricos significativos, que son una parte importante de los insumos a través de los cuales una sociedad democrática se conoce a sí misma.

¿Qué es esto?

Por Micaela Cuesta

Muñecos de tela a escala humana en cuyo rostro está pegada una fotocopia de las caras de los actuales Presidente y Vicepresidenta de Argentina son expuestos colgando de un mástil con una soga al cuello, sus extremidades inermes y los bolsillos colmados de billetes, en alguna plaza pública del país. Un grupo de jóvenes posa para la foto a la sombra de un inflable gigante con la cara de Cristina Fernández de Kirchner, pintado con rayas negras y blancas, un número en el pecho y una valija en cada mano desbordada de dólares. En sus remeras violetas se lee: "Make Argentina great again". Algunxs de ellxs tienen bordado en su barbijo la bandera nacional. En el centro cívico de un querido destino turístico tres personas con las vestimentas prototípicas del Ku Klux Klan desfilan al compás del movimiento de la insignia patria. Unx de ellxs lleva en sus brazos una jeringa gigante, también blanca, en la que se alcanza a ver la inscripción "tóxico". Desde un balcón, cerca de la ancha avenida Libertador y la estrecha Cerrito se ve, con frecuencia, cómo avanzan los autos de alta gama con sus pancartas "en defensa de la propiedad privada", a favor de la "libertad" y en contra de la "Korrupción". No hace tanto tiempo una legisladora provincial expresaba en una red social su anhelo de "Falcons verdes" para que impartieran justicia.

Algunos estudiosos ponen el foco en los discursos de odio que se extienden con fuerza y rapidez en la Argentina y el mundo y que son capitalizados por partidos políticos de derecha con fines electoralistas, sin miramientos de sus efectos desde democratizadores; otros, se detienen en el carácter psicopatológico de quienes protagonizan estos acontecimientos y los desestiman por tratarse de personas aisladas, violentas, y/o enajenadas; unos pocos consideran que se trata de reclamos legítimos calificados como autoritarios por quienes se identifican con uno de los dos lados de la grieta.

Desde el Grupo de Estudios Críticos sobre Ideología y Democracia (GECID, dirigido por Ezequiel Ipar) nos propusimos, desde 2013, atender a estos fenómenos desde la sociología de la democracia, con un



especial interés en la crítica de las ideologías.

La labor colectiva, sistemática, de investigación sobre estos tópicos nos lleva a sospechar de cada una de las miradas aludidas para comprender estas expresiones en el marco de constelaciones ideológicas complejas -contradictorias-, surcadas por temporalidades heterogéneas e intensidades afectivas disímiles. Bajo la hipótesis de una afinidad electiva entre neoliberalismo y subjetividad autoritaria, identificamos la contemporaneidad de elementos de interpelación

de ideologías tales como: el antiigualitarismo, la meritocracia (de mercado), el familiarismo, el punitivismo, el antiestatalismo, la antipolítica, el tecnocratismo, el emprendedorismo, el ordenancismo, el consensualismo represivo, la xenofobia, el antifeminismo y el libertarismo, entre otros. Estos elementos, dependiendo de sus articulaciones, componen distintos tipos de personalidad autoritaria, como la denominaba Adorno, que transicionan de posiciones soft o cool a disposiciones crueles y desdemocratizadoras sin trauma aparente.

Ideología neoliberal

Muchos autores coinciden en señalar la crisis de 2008 como momento de inflexión de una armonía forzada y por demás precaria entre democracia y capitalismo. Desde entonces se consolida una etapa poscrítica y punitiva del neoliberalismo que, no obstante, no termina de dejar atrás su dimensión normativa. A la identificación rápida de culpables (de la crisis, del gasto excesivo, del ende-

damiento, de la frustración propia, de las promesas incumplidas, de la austeridad obligada, y de tantas cosas más), sin mediar reflexión y sin ponderar argumentos, le sigue el reclamo de penas, castigos, condenas y violencias de toda índole.

Cuando uno se aproxima a la comprensión de estas disposiciones advierte que sus tramas están urdidas con principios normativos vinculados, de modo privilegiado, al emprendedorismo y a una concepción meritocrática (de mercado). El primero radica en la exaltación del esfuerzo, la voluntad y la entrega individual, al tiempo que desconoce toda instancia supraindividual o de interdependencia -ya sea en su faz habilitante u obstaculizadora-. De esta inclinación emprendedora presupuesta e innata hacen pender tanto el éxito o la realización individual cuanto el fracaso. La concepción del mérito que allí subyace establece que quien emprende sin ayuda (en especial sin mediación estatal) merece todo lo que tiene y más, sin límite, y quienes no pudieron -porque no quisieron- no merecen más que ser objeto de desprecio. La crueldad de estas formas de relación y de lazo social se cuela en la indiferencia de las condiciones objetivas y en la renegación de las trayectorias subjetivas que podrían explicar estas suertes desiguales.

La precarización de las formas de vida (de trabajo, de construcción de lazos, de derechos adquiridos) como efecto de una larga temporada de políticas económicas, estatales y culturales neoliberales, desposee y desampara a los sujetos. Cada vez más inestables en sus trabajos, cada vez menos robustas las instituciones de protección social, cada vez más raquíticas las expectativas de movilidad social ascendente, cada vez más endeudados y embargados sus imaginarios de futuro. Menos propietarios de sí y de su destino, se identifican, en un movimiento paradojal, con el derecho a la propiedad privada, la proclamación de la independencia y la afirmación de una libertad sin substancia, abstracta. Lo que más temen es perder lo que ya no tienen. A lo que están apegados es, como sugiere Berlant, a una promesa de bienestar en la que, cuánto más confían, más los somete. Esa es la crueldad de cierta sensación de optimismo que lleva a gran parte de quienes practican el mantra neoliberal a sostener con sus prácticas

Micaela Cuesta es doctora en Ciencias Sociales, UBA, magíster en Comunicación y Cultura y licenciada en Sociología, UBA. Desarrolla sus actividades de docencia e investigación en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la UNSAM. y en la carrera de Sociología de la UBA. Actualmente colabora en el programa Lectura Mundi, UNSAM.

e insondables costos, el sistema que perpetúa sus cargas.

Subjetividad autoritaria

Las frustraciones y costos afectivos que conlleva lidiar con un mandato de omnipotencia y autonomía que, simultáneamente, socava toda condición objetiva de posibilidad para su realización, deviene terreno fértil para las interpelaciones autoritarias. Subjetividades descreídas de las instituciones del Estado, detractoras de la política y adoradoras de una capacidad propia que siempre las traiciona, proyectan sobre otros las culpas de sus diversos males.

Para estas personalidades la desigualdad es el punto de partida justo al que se arribó en una secuencia de decisiones inteligentes y visionarias, o viceversa. Es el producto legítimo del esfuerzo invertido en superarse a sí mismo para sortear cualquier obstáculo. La justicia social, según la inscripción generacional, es mero eslogan, un invento o un negocio para inmortalizar el clientelismo político y la miseria; o, todavía más alarmante, la prerroga-

te de la política, politiza todo lo que toca: se moviliza, ocupa el espacio público, se asegura tribuna y profetas que esparzan su mensaje. Toma por cierto lo que ve y eso que ve le muestra lo que anhela potenciado por una lógica algorítmica que profundiza las huellas más o menos tenues dejadas en el camino de las historias consumidas. Con la misma fuerza que confía en su verdad impugna la de otros. Suele ser jactanciosa de sus desaciertos y orgullosa de sus ignorancias. En cualquier caso el carácter autoritario es anti-intelectualista, antireflexivo, obtuso.

Fantasea con sinergias internacionales e intereses inconfesados detrás de los acontecimientos más o menos excepcionales. Todo lo que se le ofrece a la interpretación es decodificado en términos de evidencia. Cree que a ellos se las hacen difícil, les ponen trabas, en contraste con esos otros a quienes, sin merecerlo, les abren puertas, trabajos, permisos, licencias. Estos otros suelen provenir de otras nacionalidades, países, atraídos por eso que acá se entrega mientras en los países serios se paga con esmeros y sacrifi-

La epidemia ultra: normalización de la derecha radical

Por Franco Delle Donne

Tras algunas semanas de haberse desatado la pandemia en el mundo occidental, algunos analistas se apresuraron a sacar conclusiones. Observaban un fuerte crecimiento del apoyo popular a los gobiernos y lo conectaban con la caída en la intención de voto de muchos partidos de la derecha radical. Parecía que en una situación de crisis la opinión pública descartaba las opciones más extremistas y se refugiaba en los partidos tradicionales que en muchos países ocupaban el ejecutivo. Sin embargo, algunos elementos no estaban siendo tenidos en cuenta.

Por un lado, estos postulados no explicaban que líderes como Viktor Orbán en Hungría también reforzarían su situación. Y, por otro, tampoco se atendía un elemento clave para comprender el éxito de las derechas

radicales. Al perder ellas centralidad su discurso quedaba invisibilizado y con él, su intención de voto, que caía fuertemente en varios países.

La extensión de las medidas de aislamiento generaron las condiciones para que la derecha radical pudiera recuperar el protagonismo. A contramano de las opciones más moderadas y también mayoritarias que apoyaban el accionar gubernamental, los líderes ultraderechistas desplegaban la estrategia de la confrontación. Su objetivo era generar un enfrentamiento entre dos polos que no solo les devuelva un lugar en el debate, sino que también, por oposición, los convirtiera en alternativa a la postura mainstream.

Este escenario demuestra que la multiplicidad de factores que explican a la derecha radical sigue ahí.



Argentina. El Ciudadano.Gba



Alemania. El mundo.

tiva de cada integrante de la sociedad de hacer justicia por mano propia.

El Estado es percibido como un vampiro y sus funcionarios políticos como chupasangres. Él es el agente responsable de que se les quite a los que trabajan sin descanso para regalarles a los que nunca lo hicieron. El Estado, así, sin distinción, limita la productividad individual, desincentiva la empresa y promueve la vagancia. Se denuncia un Estado confiscador para una democracia planera. La demanda en torno suyo parece sólo articularse en el pedido de más seguridad, pero no ya seguridad social sino más presencia de efectivos, más policías, más cámaras, menos delincuentes entre buenos vecinos.

La subjetividad autoritaria privatiza derechos, justifica desigualdades, naturaliza injusticias. Cree que sus principios valorativos, confesionales, familiares deben ser la voz que dicte los lineamientos de políticas públicas de educación y salud que afectan a la totalidad de la población. En ese movimiento, al compás de la denostación estriden-

cios. Para muchos la inmigración aparece como puro gasto, despilfarro de recursos sacados a cada uno para ser usufructuado por unos recién llegados. A este y otro tipo de argumentos se apela para restringir accesos y derechos a la educación, la salud pública, los beneficios sociales, los créditos.

La democracia que defienden es la que conviene a su interés, su concepción, su verdad. Es la democracia del derecho a odiar, de manifestar sus verdades contra toda prueba científica. Para ellos la división de poderes solo es efectiva cuando responde a su conveniencia. Ella se aproxima a un concepto de libertad restringido a la libertad de circular sin fronteras, de comprar, de consumir. Se trata de una libertad como mero liberarse de obligaciones o deberes cívicos (e impositivos) según una fantasía expansiva maniatada. Al no entender la democracia como formas de socialización dinámicas, orientadas según un principio de pluralidad de valores y racionalidades, al declamarla, con sus gestos y acciones, la socavan.

radicales actuales: la centralidad. En efecto, la pandemia había quitado de la agenda los temas más relevantes para estos partidos, aquellos con los que suelen manejar el debate público. Ni la migración, ni el Islam, ni la seguridad eran los problemas prio-

Al menos los más relevantes: crisis de los partidos políticos tradicionales, sectores sociales descontentos y reproducción de discursos simplificadores en medios y redes sociales.

La crisis de los partidos

Los grandes partidos sufren una fuerte crisis de representatividad. Esto no es un fenómeno nuevo. La reducción de las posiciones de centro y la tendencia a la polarización han tenido profundas consecuencias para muchas fuerzas políticas. Algunas perdieron masivamente votos, como la socialdemocracia alemana, que solo posee la mitad de su electorado de hace quince años. Otras se vieron obligadas a enfrentar el dilema sobre qué hacer frente al auge de las derechas radicales.

Esta fragmentación del espectro político y, en algunos casos, cierta desesperación por la sangría electoral continua ha contribuido a una progresiva normalización de la derecha radical. En algunos países esto se tradujo en pactos de gobierno o alianzas electorales, como en Bélgi-

Franco Delle Donne es doctor en Comunicación por la Freie Universität Berlin y se dedica a la concepción y producción de contenidos de análisis y educación política. Desde 2015 ha intensificado su trabajo sobre la expansión de la derecha radical, su discurso, su impacto y en cómo combatirla. Es director del proyecto transmedia Epidemia Ultra, coautor del libro Factor AfD. El retorno de la ultraderecha a Alemania (2017) y coeditor de Epidemia Ultra. La ola reaccionaria que contagia a Europa (2019). Más Información sobre el proyecto Epidemia Ultra: <https://www.epidemiaultra.org/>.

ca, Austria e Italia; en otros, se optó por la simple reproducción de su discurso y agenda, algo que se ha visto en España y Dinamarca. Ambos caminos habilitan a estas fuerzas y a sus discursos como una opción política más; los legitiman, los integran.

La desconfianza en los partidos tradicionales activa el relato de la indignación moral que señala el académico Pierre Ostiguy¹ y que aprovechan eficientemente los líderes ultraderechistas. Este relato argumenta la existencia de un pueblo que no es escuchando por su clase dirigente, ya que esta solo se ocupa de defender los intereses propios y de ciertas minorías. Allí es donde ingresa el discurso populista de derechas que combina el sentimiento antiestablishment con la construcción del otro. Siguiendo a Cas Mudde,² este aspecto populista de las derechas radicales se articula con el elemento nativista, que exige una sociedad homogénea, en oposición a lo multicultural, y con el elemento autoritario, que busca restaurar ciertos valores morales que se consideran amenazados.

El descontento

En la frustración de aquellos sectores que hoy se inclinan por la derecha radical se esconde la necesidad de buscar algo diferente. El problema es que ese algo es extremadamente heterogéneo. De hecho, esa es la característica habitual del electorado de estos partidos políticos. Desde sectores profundamente antidemocráticos, emparentados con la extrema derecha, hasta aquellos ubicados en posiciones conservadoras que se sienten amenazados por ciertos cambios culturales. Desde los denominados perdedores de la globalización que han visto como su situación económica se pauperizaba año a año, hasta ciudadanos acomodados de clase media o alta con miedo de perder su status. Un elec-

1. Pierre Ostiguy, *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

2. Cas Mudde, *The populist radical right*, New York, Routledge, 2017.

torado tan transversal que resulta imposible explicarlo si sólo se acude al par ideológico izquierda-derecha.

Algunos apelan a la idea del clivaje dentro-fuera. Una noción que excede lo ideológico, aunque lo tiene en cuenta, e incorpora lo cultural, lo económico y hasta lo psicológico. Un eje que tracciona a partir de las expectativas, que pueden ser muy diferentes, pero que poseen un denominador común: no se han cumplido. Y justamente el discurso de estas derechas radicales instrumentaliza esa decepción y le ofrece una narrativa coherente para explicarla. Una narrativa basada en ideas racis-



Logo del Movimiento de Resistencia Africano

tas, autoritarias y antidemocráticas.

El caso de Alemania es muy interesante para ilustrar esta situación. En el Este del país, en donde solía estar la República Democrática Alemana (RDA), el partido ultraderechista *Alternative für Deutschland* (AfD) reúne entre el veinte y el veinticinco por ciento de los votos. De hecho, en la elección federal de 2017 lograron hasta superar al partido de la canciller Merkel en uno de esos Estados, Sachsen. Allí AfD hace propio el reclamo de aquellos que se sienten defraudados por la reunificación, que según ellos no cumplió la promesa -la expectativa- de una situación mejor. Allí dos de cada tres votantes se sienten ciudadanos alemanes de segunda clase, respecto de aquellos del Oeste. Lo que hace AfD no es brindar un plan para lograr mayor igualdad, mejor redistribución, mayor reconocimiento a los del Este. Por el contrario, la ultraderecha ofrece simplemente culpables. La política, por un lado, y los migrantes por el otro. Es justamente con estos últimos con los que logra

activar el odio hacia el extranjero. Lo dibuja como un competidor que llega para hacerse con los recursos que le corresponderían a esos alemanes desfavorecidos. Y no sólo eso, AfD también los hace responsables de poner en peligro la identidad alemana, su cultura, sus tradiciones. La xenofobia del discurso ultraderechista alemán se entremezcla con aquella decepción por la promesa incumplida.

El caso alemán se puede observar en otros países del continente europeo. En Italia, tanto en el discurso de Matteo Salvini, de la Lega, como en el de Giorgia Meloni, de Fratelli d'Italia; en Francia, con Marine Le Pen y con su sobrina Marion Maréchal; en España con Vox. La lista puede seguir casi país por país. Sin embargo, esta decepción con la política y esta necesidad de construir un relato que defina la identidad también se encuentra en otros países. En India el partido *Bharatiya Janata Party* (BJP), liderado por Narendra Modi, se ha beneficiado con el desprestigio sufrido por el Partido del Congreso (CNI) que fue durante décadas el más importante del país. Modi ha desarrollado la narrativa del supremacismo hindú y la ha atado a un ataque constante hacia la población musulmana de su país. Las consecuencias implican un fuerte retroceso del secularismo y un aumento de la violencia contra minorías en diversos puntos de la nación.³

La simplificación

El abordaje de las cuestiones sociales, económicas y culturales mencionadas desde un discurso identitario lleva a un profundo reduccionismo. La supuesta necesidad de homogeneizar la sociedad para solucionar los problemas no se sostiene en ningún dato o argumentación que exceda posiciones netamente racistas. Aun así, funciona.

En el discurso de las nuevas derechas se ha logrado cierta sofisticación del argumento. Por ejemplo, el

3. Achin Vanaik, *The Rise of Hindu Authoritarianism*, London, Verso, 2017.

concepto del etnopluralismo o etno-liberalismo, defendido por organizaciones de extrema derecha, como Casa POUND de Italia o *Identitäre Bewegung* de Alemania, sostiene la idea de una armonía entre pueblos en tanto que cada nación no abandone su territorio. En el momento en el que esto sucede, es decir, a partir de la migración, ese equilibrio armónico se rompe. Según los ideólogos de este racismo encubierto, el movimiento de las personas implica una contaminación de culturas y una consiguiente pérdida de pureza. Mediante estos postulados, las derechas radicales encuentran argumentos pseudoacadémicos para justificar sus políticas antiinmigración y sus ideas supremacistas.

El problema de la normalización

El gran desafío para la derecha radical es lograr integrarse y legitimarse en el sistema político democrático. Sus demandas chocan con consensos arraigados en las distintas sociedades. La promoción de la igualdad, el respeto de los derechos humanos, la defensa de la democracia, entre otros. Su objetivo es convertirse en una opción política real, en una alternativa que pueda llevar adelante una agenda cuyos ítems ponen en riesgo aquellos valores y consensos.

En algunos países este proceso de legitimación ya está bastante avanzado. Los discursos, las exigencias, las narrativas de la ultraderecha son aceptadas e incluso incorporadas al repertorio de partidos políticos establecidos. Con ello refrendan la normalización de esa agenda. Una aceptación de sus componentes y, por consiguiente, un triunfo para la derecha radical.

Los pactos con este tipo de fuerzas para lograr formar gobiernos en democracias parlamentarias o incluso la total transformación de partidos antiguamente conservadores en fuerzas radicalizadas y autoritarias se ve cada vez más a menudo. Como si los países se fueran contagiando, como si la epidemia no fuera de COVID-19, sino de ultraderecha: una verdadera Epidemia Ultra.

Crisis de representación democrática y derecha radical

Por Pasquale Serra

I. No es el populismo el espectro que recorre hoy Europa, como se repite aquí hasta el cansancio, sino la derecha radical. Porque lo que tenemos a la vista en nuestras sociedades no es el pueblo de las clases populares (el pueblo de los populismos clásicos, esos que tienen una secuencia histórica que comienza en Rusia y llegan hasta América Latina en las que aún existen formas de popu-

lismo de este tipo), sino individuos aislados, adheridos a sus propios intereses, y en lucha permanente con su propia desesperación. Germani, en relación a estos fenómenos hablaba de sustitutos funcionales del fascismo. Son estos, en efecto, y no los populismos, los que causan estragos hoy en Europa; los que, aun con diferencias significativas respecto del tipo ideal clásico, tienen en común con aquel el objetivo de

la desmovilización de las clases bajas junto con políticas de exclusión. Ese es el fondo sobre el cual destaca, entre nosotros, la emergencia de la derecha radical y la crisis de la representación democrática sobre la cual se inscriben y se multiplican los sustitutos funcionales del fascismo y sus insidiosos proyectos, que consisten sustancialmente en proponer, contemporánea y contradictoriamente, el objetivo de la desmovili-

zación de las clases bajas (los sectores más vulnerables de la sociedad) manteniendo el statu quo a favor de las clases dominantes, junto con la promesa de una revolución de la justicia social, del trabajo y el bienestar para todos los miembros de la comunidad nacional. Se trata, como resulta evidente, de una contradicción mortal entre apariencia y realidad, como decía Germani, que hizo estallar al fascismo, y sobre la que

probablemente se iniciará el ocaso de la derecha radical, aun cuando no sepamos con certeza cuándo, concretamente, esto ocurrirá debido a la ausencia de fuerzas socialistas actuales que estén en condiciones de confrontarla activamente.

II.

En realidad, es todo el autoritarismo moderno el que no dura nunca demasiado, porque en su forma moderna no es un autoritarismo dado, espontáneo, sino que es siempre introducido por procedimientos deliberados, programados, esto es, artificialmente. En aquel texto visionario de Gino Germani "El autoritarismo en la sociedad moderna", el autor sostenía que cuando una sociedad se seculariza, el autoritarismo deja de estar implícito en la cultura y ya no es percibido como tal por los sujetos que lo rechazan. Ya no tiene entonces a disposición los mecanismos de control social internos; por esta razón debe sostenerse en mecanismos de control externos (que pueden operar de dos formas: por un lado, mediante la represión violenta, aun cuando esta es la menos frecuente, porque el autoritarismo debe involucrar a toda la sociedad y precisa de su colaboración activa; por el otro, a través de formas de socialización-resocialización artificiales, esto es, inducidas deliberadamente, utilizando los medios de la ciencia y la tecnología modernas). Como vimos, los mecanismos de control internos son ya inexistentes. Y este es un dato importante, porque todos los desarrollos actuales de la comunicación política y de las tecnologías de la información (de los cuales, como es evidente, los sustitutos funcionales del fascismo hacen un uso extendido) hunden sus raíces en aquel autoritarismo mo-

derno que se manifiesta como telón de fondo ineludible en sus orígenes. Cabe señalar que Germani destaca particularmente que la socialización política de los jóvenes durante el fascismo representa un ejemplo elocuente de esta forma de autoritarismo, fenómeno que recupera hoy una extraordinaria actualidad.

De allí proviene, como decíamos al comienzo de este apartado, la debilidad estructural de estos fenómenos, su incapacidad, como decía Gramsci a propósito del fascismo, de hacer época, aun cuando se corra el riesgo de que puedan representar una época. De alguna manera el problema que estos fenómenos metaforizan, si bien de una manera deformada, sigue siendo el de la representatividad que entra en escena con la crisis de la representación democrática, hecho objetivo e imprescindible que debe ser asumido y encarnado por la propia democracia como un problema intrínseco, crítico e ineludible. Porque cuando la razón representativa no logra ya integrar al pueblo en una dimensión político-constitucional y ese pueblo ya no se deja construir en el interior de esa misma dimensión, el problema teórico que debe desentrañarse es: ¿de qué manera ante una ruptura tan clara entre los de abajo y los de arriba, entre razón representativa y mundo, logramos unificar políticamente, bajo una forma democrática y, representar, esta heterogeneidad social? Porque no es posible pensar en una dimensión horizontal de autonomía sin unidad política, sin incluir en el campo de resolución de este dilema la cuestión de lo político.

Y en este punto vuelve la cuestión de la representatividad, no solo porque desde lo alto de la representatividad es ahora posible extraer desde abajo aquella voluntad que ese sector espontáneamente no logra expresar y aquella unidad que no está más en condiciones de instituirse con la representación, sino también, sobre todo, porque dentro de la crisis de representación democrática, sin la presencia de esta representatividad nacional-popular, se corre siempre el riesgo de entregar aquella heterogeneidad social a la derecha radical.

III.

Aquí radica toda la importancia de la cultura argentina en vistas a tematizar estagrávica crisis europea y para intentar superarla. Sobre este aspecto tan a contrapelo, pero muy importante, estamos coordinando junto con mi querido amigo Mario Greco y la Fondazione Sturzo de Roma varios encuentros entre políticos e intelectuales italianos y argentinos con el objetivo de fundar sobre nuevas bases las relaciones entre Italia y Argentina: el viejo tema de la izquierda comunista argentina, si bien los términos de esta relación entre cultura italiana y cultura argentina, entre Argentina e Italia, se encuentran hoy

completamente revertidos respecto de las formulaciones de Agosti y de los gramscianos argentinos. Porque ya no es más Argentina la que debe acercarse a Italia, sino, por el contrario, es Italia la que debe acercarse a Argentina, para tematizar la crisis de la democracia y para reencontrar una nueva complejidad, una nueva e inédita profundidad. Obviamente, no se trata aquí de postular al populismo argentino como un modelo positivo para Europa, ni de hacer propia la categoría desviada y deformante de populismo de izquierda -sobre la que, por ejemplo, Chantal Mouffe ha hecho precipitar toda su más reciente filosofía-, sino de empujar a Europa y a su pensamiento político a confrontarse con aquel. Pues si el

no logra nunca atravesar, en verdad, este umbral porque no consigue nunca encontrarse, ni relacionarse, con el tema-problema del derecho y de las instituciones; y c) porque, finalmente, con la riquísima perspectiva del populismo republicano y la innovadora investigación de Eduardo Rinesi, se han disuelto todos los restos de ambigüedad presente e intrínseca a la perspectiva argentina de lo nacional-popular y se ha fundado realmente y a fondo una relación muy original entre democracia, populismo y republicanismo, entre populismo e institucionalismo, entre populismo y derecho, el problema crucial, irresuelto por Ernesto Laclau y su original teoría del populismo. Por todo esto creemos necesario reflexionar sobre la posibi-



núcleo teórico y político en juego en esta discusión se vincula con la posibilidad o no de definir una unidad política en el mundo contemporáneo, y bajo qué modalidad hacerlo, el debate argentino es, para nosotros, de extraordinaria importancia. Y ello porque ha intentado sistematizar las relaciones entre heterogeneidad social y unidad política, ofreciendo una representatividad unitaria, y política, de la heterogeneidad social. De allí puede provenir una contribución de primer orden para la cultura política europea, pues tales teorías: a) no sólo han reconocido la unidad populista como un problema de la democracia (Germani); b) sino han conectando de manera creativa trascendencia y representatividad, han considerado esta unidad como siempre abierta (Laclau), aproximándose así a los umbrales de la teoría de los límites y el control del poder; si bien Laclau, como sabemos,

lidad de que el populismo argentino no solo represente una contribución importante para dar una solución progresista a la crisis europea, sino que la presencia que hay en ella de lo nacional popular puede también obstruir el pasaje de la heterogeneidad social a la derecha radical hacia la cual se precipita una parte significativa del mundo, mientras que la Argentina, gracias a esta cultura, resiste todavía desesperadamente, aún entre numerosas insidias y dificultades, esta verdadera y auténtica proyección catastrófica. Este es el sentido de esta confrontación, en tanto lo esencial, en cambio, está todo por hacerse, y concierne directamente al socialismo. Si queremos en verdad escapar de esta situación, debemos empezar de cero a pensar el socialismo, inaugurando nuevas, e inéditas, direcciones de búsqueda en torno a las relaciones entre filosofía y marxismo.

Pasquale Serra es licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Bari y doctor en Historia de las Doctrinas Políticas por la Universidad de Roma. Es profesor e investigador de la Universidad de Salerno. Es miembro del Centro Studi Europei (Salerno), del comité de dirección de las revistas *Democrazia e Diritto* y *Rivista di Politica*. Es investigador del Centro per la Riforma dello Stato di Roma. Es autor de numerosos artículos y de los libros *Americanismo senza America. Intelletuali e identità collettive dal 1960 ad oggi* (2002), *Europa e mondo. Temi per un pensiero politico europeo* (2004), *Tra le due comunità. Singolarità e relazione oltre il paradigma di Marx* (2008), *Trascendenza e politica. Struttura dell'azione sociale e democrazia* (2012) y *El populismo argentino* (2019).

“La mataron como a un perro”. Violencia y vulnerabilidad

Por José Garriga

Traducción: Mario Greco y Micaela Cuesta

La frase se escucha con frecuencia. Se animaliza la muerte. Operación que primero deshumaniza para luego justificar y legitimar las violencias. Una travesti recibe seis disparos en Mendoza y agoniza abandonada en la calle. Un joven es cruelmente pateado por una muchedumbre en Córdoba acusado de ser un ladrón. Un inmigrante recibe un disparo en el pecho por una discusión con un kiosquero en la Ciudad de Buenos Aires. Pobres, inmigrantes, travestis, vendedores ambulantes, entre otros, son receptores de violencias varias, recurrentes y socialmente aceptadas. Nos interesa aquí, entonces, reflexionar sobre los procesos de legitimación de las violencias para con las poblaciones más vulnerables.

La legitimidad de las violencias está directamente asociada a la representación social de esos sujetos. La vulnerabilidad no es una condición sino el resultado de mecanismos estructurales económicos, políticos, sociales y jurídicos que degradan a ciertos sujetos, los y las excluyen.

Rastrear los criterios de legitimidad de estas violencias nos permite dar cuenta del vínculo entre las condiciones estructurales y las recurrentes agresiones físicas. Un lazo, nunca lineal, pero un lazo al fin que articula mecanismos de exclusión –a veces sutiles, a veces burdos– con múltiples formas de violencias.

Las poblaciones consideradas antaño socialmente indefensas, y que por ello eran objeto de ayuda social, se convirtieron en un peligro para la sociedad. Tan peligrosas que deben ser excluidas y hasta eliminadas.

Sostenemos que el proceso de legitimación de las violencias se inicia cuando se justifican las condiciones denigrantes para con las poblaciones vulnerables. No acontece de forma lineal. Sin embargo, existe un vínculo entre cómo se aceptan las desigualdades y cómo se legitiman las violencias. El proceso de aceptación de las desigualdades erosiona cualquier idea de integración social¹ y tiene como corolario la legitimación de las violencias hacia las poblaciones vulnerables. En este marco, la reflexión sobre las vio-

lencias sociales parte de un interrogante particular: ¿por qué la exclusión social no es definida como violencia?

Sobre la legitimidad

La definición de las violencias es siempre un campo de disputas. Actores diferentes, con posiciones políticas y perspectivas disímiles, luchan por definir prácticas y representaciones en torno suyo. Una lucha que tiene como objeto delimitar lo legítimo y lo ilegítimo, señalar quién merece vivir y quién merece morir.

Obviamente la disputa por la legitimidad es una contienda –profundamente– desigual, atada a las dinámicas del poder. Donde unos tienen mucho más poder que otros para construir sujetos que merecen ser violentados, desde la exclusión hasta la muerte.

Tres son las operaciones que se ponen en juego en la violencia hacia poblaciones vulnerables. Por un lado, se normalizan las vulneraciones que sufren al entenderlas como naturales y, por ello, las recurrentes formas de exclusión no se definen como violentas. Por el otro, se naturalizan las violencias físicas que sufren estas poblaciones. Y, por último, los y las vulnerables son definidos como violentos y violentas. Las operaciones de legitimidad hacen de las poblaciones vulnerables violentas y violentos y no violentados y violentadas. Es indiscutible que todas estas definiciones están en constante disputa; sin embargo, hay una construcción social de representaciones que, aunque inestables y disputadas, tienen gran eficacia en la consolidación del imaginario social que transforma a las poblaciones vulnerables en peligrosas.

Las legitimidades de las violencias para con las poblaciones vulnerables son de larga data, pero algunas de sus particularidades son recientes. Se trata de modificaciones acontecidas al calor de nuevas representaciones de la alteridad. Dos operaciones de legitimación dan cuenta, muy en especial, de este cambio de época: la deshumanización y los procesos de individuación.

Deshumanización

Matar a un animal no es lo mismo que matar a una persona. La degradación de la humanidad es una pieza clave en el mecanismo de construcción de la aceptación de las violencias. Para que las violencias sean

posibles el destinatario debe ser identificado como algo radicalmente diferente. Nada puedo compartir con aquel sobre el que descargo mi violencia, no es como yo, no es humano.

Quienes sufren estas violencias, deben merecerlo. Pero ¿quién se merece la muerte o la exclusión? Se la merecen los peligrosos. Matar a un perro no es un homicidio y, menos aún, matar a un perro peligroso. Los criterios de legitimidad son aquí contrarios en base a la peligrosidad. El peligroso se convierte en sujeto matables.²

La bestialidad del otro, su barbarie y salvajismo, es una cita recurrente, utilizada desde tiempos inmemoriales, para la dominación y el exterminio. Parece que no hay nada nuevo bajo el sol, sin embargo los criterios de legitimidad mutan. No existe un pasado idealizado degradado en el presente de las violencias ni un continuum indiferente a los cambios de épocas.

En el escenario contemporáneo de desintegración social, el otro, el peligroso, ya no es un sujeto distante, físicamente lejano sino un vecino. Antaño la deshumanización justificaba invasiones y conquistas, campañas del desierto, colonizaciones crueles y sangrientas. Una mismidad, una identidad pretendida homogénea, legitimaba sus violencias. En el escenario actual de desintegración social, la mismidad entra en crisis y la deshumanización es una posibilidad latente para todos y todas. Ahora bien, la multiplicación de esos temores en su faceta más radical hace de toda alteridad un sujeto peligroso lo que impide cualquier tipo de lazo. Sin duda la deshumanización es más efectiva cuánto más son representados como peligrosos los vulnerables.

Procesos de individuación

El merecimiento de las violencias se explica por la deshumanización del otro. Pero la deshumanización también se justifica en virtud de la atribución de responsabilidades individuales ante el desorden societal.

Políticas públicas, directas o indirectas, conformaron una subjetividad que pone el acento en los sujetos y sus capacidades. Estos nuevos actores sociales parecen responsables del devenir de su vida y su esfuerzo los guiará al éxito o al fracaso.³ La imaginación meritocrática fantasea e idealiza a individuos que deben construir sus caminos solos ante un mundo hostil. Así, las poblaciones vulnerables son responsables de su

situación. Se carga las tintas sobre los sujetos y se invisibilizan las condiciones estructurales. Por ello, la exclusión, la desigualdad, la pobreza pocas veces son definidas como violencias. Son al fin y al cabo el resultado de la pasividad de aquellos y aquellas que no quieren tomar las riendas de sus destinos. La pasividad que los excluye los transforma en peligrosos culpables.

En nuestra sociedad nadie, o casi nadie, desea ser rotulado como violento. Este etiquetamiento es una mancha venenosa y, por ello, las agresiones y embestidas contra los más vulnerables nunca son definidas como violentas. Violencias que no son violencias sino respuestas justas a acciones de delincuentes, desviadas morales, invasores migrantes, etc. Lo justo de estas violencias radica en la articulación entre pasividad y peligrosidad.

El mensaje y el Estado

La violencia en sus diferentes formas –desde la vulneración de derechos hasta el asesinato– es un mensaje que contiene dos caras. Por un lado, la legitimidad de la exclusión, la justificación de las vulneraciones. Villeros y villeras, travestis, inmigrantes deben ser excluidos, merecen ser aislados. Son degradados y degradantes. El mensaje violento de la exclusión refuerza la construcción de peligrosidad y transforma a los peligrosos en sujetos sacrificables por el bien de la sociedad. Aquí la otra cara de la moneda: la violencia física. De un lado exclusión y de otro, muerte.

Ahora bien: ¿qué hace el Estado ante este mensaje? El Estado produce y reproduce ambas caras de las violencias. En primer lugar porque las instituciones estatales que antes tenían un rol protagónico en la integración fueron perdiendo efectividad. La agenda estatal en la Argentina, con vaivenes, parece poner en un segundo plano los derechos de las y los vulnerados. Por el otro lado, el Estado perdió también eficacia simbólica en la discusión sobre las representaciones de la alteridad.

Aquí cabe aclarar que el Estado fomenta la construcción de estas nuevas individualidades al mismo tiempo que no limita las representaciones negativas, de odios, con las alteridades. Estos discursos, corrientes y desbordantes en numerosos medios de comunicación, contribuyen a la legitimidad de las violencias.

Además, y no es un dato menor, la capacidad represiva del Estado apunta siempre a las poblaciones vulnerables. Estos son la clientela cautiva de las fuerzas de seguridad, el objeto repetido de hostigamientos, abusos y violencias. En una doble maniobra se refuerza la construcción de peligrosidad y se los reprime.

1. François Dubet, ¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

José Garriga Zucal es doctor en Antropología Social, UBA, investigador independiente del Conicet y profesor del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la UNSAM.

2. María Victoria Pita, Formas de matar y de morir. El activismo contra la violencia policial, Buenos Aires, CELS, 2010.

3. Denis Merklen, “Las dinámicas contemporáneas de la individuación” en R. Castel et al., Individuación, precariedad, inseguridad, Buenos Aires, Paidós, 2013.